

Claves

Notas del Escenario Político
3 de Diciembre, 2012

Señales de la Enade

Se realizó ayer el encuentro empresarial más relevante del país, la Enade en su versión 2012, en un contexto peculiar de reflexión de la elite chilena. La reciente derrota electoral de la derecha, la falta de credibilidad de los candidatos de la Alianza en el empresariado, la baja aprobación del Gobierno Piñera en un año de buenos resultados económicos y el eventual retorno de la Concertación al Gobierno, estructuran un clima de cierta confusión y opinión dispersa, que no alcanza a ser incertidumbre ni intranquilidad, pero sí predisposición a la crítica, a los cuestionamientos y a plantear preocupaciones en temas estratégicos, como el de la energía. De alguna forma, los empresarios han hecho una evaluación y se están preparando para una nueva fase, en la que ven con buenos ojos el retorno de Bachelet.

La Enade 2012 mostró un alto grado de diversidad en las exposiciones. La inexistencia de un diagnóstico compartido pudo provocar esto, que también se reflejó en su lema "Aspice, Respice, Prospice", concentrado en un gesto de apreciación y reflexión sobre el presente el pasado y el futuro. Es decir, más que marcar un punto en la agenda, se observó una Enade de escucha y cierta apertura, inicial y todavía teórica, a la diversidad, en el que las exposiciones del Presidente de la CPC Constans y del propio Presidente Piñera tuvieron impacto leve.

En contraste, la señal más nítida y clara fue la del Presidente del Senado Camilo Escalona (PS), asegurando estabilidad institucional e instalando el foco para los próximos años en la desigualdad.

Primero, la intervención del Presidente de la CPC Constans, de baja intensidad y escasa capacidad retórica, se concentró en los temas pendientes para mejorar la competitividad del país, como reformas al mercado laboral en la línea de la flexibilidad laboral, la modernización del Estado para la eficiencia, la transparencia y la descentralización y, sobre todo, resolver el tema energético, desde un contexto de certezas jurídicas y criterios técnicos, y no como un escenario de disputas de intereses entre sectores o grupos de opinión. En esta misma línea, advirtió sobre las dificultades que supone el Convenio 169 de la OIT, en el sentido que impone la consulta a las comunidades indígenas ante cualquier proyecto de inversión.

Constans señaló que era muy importante avanzar hacia un acuerdo o Pacto Nacional respecto del tipo de desarrollo del país, que involucre definiciones en materia de energía. Esta señal de la CPC, planteada con prudencia y casi de manera tangencial, no apareció como una señal directa al Gobierno Piñera, y bien puede interpretarse como un desafío para el próximo período. Muestra, a su vez, cierto ánimo de aceptación de la irrelevancia

del actual Gobierno e incredulidad respecto de lo que pueda realizar en el próximo año en esta materia. Más a fondo, supone la petición de mayor liderazgo político para hacerse cargo de estos temas de fondo.

Sin embargo, a pesar de la apertura que intentó la agenda de la Enade, el discurso de Constans estuvo más cerca de una lista de preocupaciones empresariales que de una visión de país, que refuerce la legitimidad de los planteamientos del sector.

Por ahora, sigue a la defensiva y aborda con superficialidad el clima del país. El tono de Constans fue sereno y el contenido apuntó a las demandas empresariales, pero en lo sustancial aparece muy desacoplado de las preocupaciones de su entorno. Como señalamos, en esta Enade hubo una serie de voces orientadas al *aggiornamento* del empresariado ante la situación social y cultural del país actual, que contrastaron con este discurso oficial de la CPC.

Dentro de estas señales "de la sociedad" estuvo Paula Escobar de El Mercurio, que se enfocó en la necesidad de un debate sobre el tipo de desarrollo que requiere el país, lo que implica un debate más abierto para hacer una "redefinición del desarrollo", donde la inclusión es una variable de relevancia. En esa línea, emplazó directamente a la elite chilena a preguntarse cuánto está dispuesta a ceder espacios de poder, en especial a tres grupos que marcan tendencias: la "clase creativa", las mujeres y los "emprendedores sociales". Por su parte, el cineasta Christopher Murray señaló la necesidad de que el empresariado se abra a la diversidad y a una democracia más abierta, construyendo las empresas desde las personas e impulsando la innovación. Patricio Jottar, gerente general de CCU, por último, planteó los desafíos de las empresas en la línea del valor compartido, es decir, de instalar como objetivo del negocio la creación de valor en los entornos y consumidores.

En definitiva, estos temas orientados a un cambio del rol del empresariado en su relación con la sociedad, a pesar de estar en la agenda de la Enade, quedaron nuevamente fuera del discurso oficial de la CPC. Tienden a aparecer como expresiones críticas y distintas del foco estratégico del sector, como un espacio o un debate subordinado, o bien como cuestiones que no están en el nivel de problemas de Estado.

Es cierto que la opacidad que muestra el factor energético en Chile es central y es uno de los puntos estratégicos más sensibles respecto de las debilidades del país, pero parte de las dificultades que este problema presenta tienen un componente social, cultural y político involucrado. En este sentido, permanece un problema de autopercepción e impermeabilidad de una parte hegemónica del empresariado.

Ese contraste es muy sintomático y exige a la CPC decantar con más profundidad en qué radica su pérdida de influencia y responder a la pregunta de por qué un gobierno de centro-derecha no logró llevar a cabo su agenda original. La debilidad del liderazgo de Piñera es una de las razones, pero es un reduccionismo pensar que sólo ese factor explica esa realidad.

Segundo, las señales políticas no están ajenas a este desacople, ni en el caso del Gobierno ni de la Concertación.

El discurso del Presidente Piñera no mostró nada nuevo. Se instaló en un espacio de evaluación de su Gobierno, comparando el estado del país, sobre todo en lo económico, entre el momento que asumió su Gobierno con la expectante situación económica actual. Luego, defendió la idea de un Estado subsidiario y planteó que Chile tiene la posibilidad de llegar al desarrollo durante esta década, si se avanza en nuevos acuerdos de comercio, se mantiene el crecimiento económico, se avanza en una reforma a la educación, se mejora la calidad de la política y se materializa una reforma al sistema procesal penal. Por último, se refirió a la demanda de Perú ante La Haya, en un tono de mayor tranquilidad, centrándose en el respeto al derecho internacional.

Complementario al discurso de Piñera, el ministro de Hacienda Larraín, se enfocó en los logros en crecimiento económico y empleo, proyectando la posibilidad cierta de alcanzar un ingreso per cápita de 22 mil dólares en torno al 2017, lo que definió como el ingreso del país al "desarrollo"; siempre y cuando no se caiga en la "trampa de los ingresos medios", que básicamente es acceder a demandas que los países no están en condiciones de satisfacer.

El Presidente Piñera, en definitiva, tampoco mostró sintonía ni con las preocupaciones que circulan en el país, ni con la traducción de éstas en el espacio empresarial, incluso considerando la definición hecha por el propio Gobierno, del 2013 como "año de la innovación". De alguna forma, el Gobierno esta recogiendo el *leit motiv* tradicional de la derecha, centrado en el crecimiento económico, pero de manera tardía, después de dos años en que otros temas se han instalado con más fuerza, y sin legitimidad suficiente.

La propia definición de desarrollo planteada por Larraín, asociada a un nivel de ingreso per cápita, no reacciona ante la invitación a la reflexión hecha por otros exponentes señalando que esto no es suficiente. El propio Bernardo Larraín Matte de Colbún señaló en una entrevista radial que esta visión es claramente insuficiente y que es urgente, ahora, observar bien la "parte vacía del vaso", porque el mero crecimiento la gente no lo valora ni legitima como condición del crecimiento.

En este cuadro de cuestionamiento y crítica al Gobierno, los candidatos Golborne y Allamand tampoco logran despegar lo suficiente ni revertir este juicio empresarial de "incapacidad política" de la derecha. Por el contrario, hay un juicio de cierta irrelevancia de sus liderazgos que comienza a asentarse tempranamente.

Tercero, el discurso del Presidente del Senado Camilo Escalona mostró tres elementos centrales:

- Un tono de tranquilidad y confianza: Escalona habló como representante del próximo Gobierno Bachelet, planteando definiciones, compromisos y desafíos. En este marco, reforzó su imagen de "garante" institucional, pero sumó a eso gestos

orientados a la tranquilidad y la cercanía. Por ejemplo, al recordar los esfuerzos conjuntos con Jaime Guzmán para lograr una transición pacífica, o al tratar al auditorio como "amigos y amigas";

- Segundo, Escalona señaló que son necesarias reformas sociales y políticas en el futuro, pero que éstas se darán dentro del marco institucional, deshechando en este sentido nuevamente ideas como la Asamblea Constituyente. De esta manera, recordando el rol de la Concertación en los gobiernos pasados, donde "le dimos al país estabilidad, responsabilidad fiscal y crecimiento", reforzó la idea de una estabilidad más integral, que no se concentra sólo en el tema del crecimiento, sino en la capacidad política de sostener los equilibrios políticos, sociales y económicos;
- Por último, señaló que en este momento el país está ante una "disyuntiva histórica", que es la desigualdad, y que se ha convertido en la verdadera amenaza a la estabilidad, generando una "sociedad fracturada" y que ha dado el espacio para el abuso: "este es el desafío de Chile, estimados amigos y amigas, la libertad se ganó. Ahora hace falta una idea fuerza que (...) nos permita cerrar las brechas de la desigualdad. Ese es el desafío de los próximos 20, 30 y 40 años."

El discurso mezcló crítica e invitación a un desafío común, vinculado a una preocupación compartida: la estabilidad política e institucional del país como telón de fondo, temas que por cierto desde el Gobierno no había piso para ser planteados con credibilidad. La contracara de esta señal de Escalona está en la otra vereda: en los actores que dentro y fuera de la Concertación desconfían de este discurso.

La reacción de ME-O era previsible, criticando ácidamente a Escalona por sus gestos de cercanía y acuerdo con el empresariado; pero no es la más relevante, porque aparece muy oportunista y extrema, restándole solidez. Pero, para el bacheletismo aún es una tarea pendiente definir el contorno de los consensos político-institucionales que garantizan un marco de estabilidad, sin generar nuevas fisuras en el mundo de la centro-izquierda, ni afectar su credibilidad.

La preocupación de Escalona por la estabilidad, en el fondo, advierte el riesgo de que un nuevo Gobierno Bachelet enfrente similares dificultades sociales que el Gobierno Piñera y que ello exigirá un gran esfuerzo político de contención y de acuerdos políticos para reformas que permitan encauzar esos conflictos.